

## EL CABALLERO POBRE

Por Henri Conscience

Traducción de Enrique de Olavarría y Ferrari.

(CONTINUA.)

Leonor siguió en su vuelo al pobre pajarillo que surcó los aires como una flecha hasta perderse de vista, y contenta de su acción, volvió á sentarse y á proseguir en su labor. Así la encontró el venerable Vlierbecke, que llegando de la calle con un rollo de papeles en la mano, entró á paso lento en la habitación de su hija. Esta le recibió con deliciosas caricias y diciéndole:

—¡Pobre padre mío! ¡siéntate, siéntate! se ve que vienes en extremo fatigado; pero tú tienes la culpa por no haber hecho caso á tu hijita. Apenas hace ocho días que has dejado la cama, apenas empiezas á convalecer, y ya te has ido hoy á tus quehaceres. Eso no está bien hecho, papacito, máxime cuando no me falta costura, y por lo tanto no careceremos de lo más indispensable.

—No me gusta verte coser, hija mía: ese es un trabajo demasiado fuerte para ti, tomado á destajo como lo haces.

—No lo creas; pero sobre todo, ¿qué querías que yo hiciese? Dios quiso afligirnos enviándote una grave enfermedad que te obligó á suspender tus lecciones, é hizo que yo tuviese que dejar las mías, porque no habiendo quien te asistiese, yo tenía que hacerlo. Fué necesario avisar á nuestros discípulos, y aunque algunos querían que siguiesen corriendo nuestros sueldos, nuestra delicadeza no pudo consentirlo, y de pronto nos encontramos sin tener con que cubrir nuestros pequeños gastos. En estas circunstancias se me ofrecieron costuras y labores, que yo acepté como favor del cielo, porque podía cumplir con ellas sin salir de casa y sin abandonarte ni un solo momento. Aun no estás bien, yo debo dejarte lo menos posible, y la verdad, aunque trabajo mucho, lo hago con placer, porque mis labores y costuras encantan á cuantas personas me han encargado trabajos. Pienso, por lo tanto, seguir así una temporada mientras no me fatigue, y hasta sueño con poder establecer más ó menos pronto un verdadero *taller de Modista* con todo y sus operarias y costureras.

—¡Pobre hija mía! exclamó Vlierbecke con lágrimas en los ojos: ¡tú, mi Leonor, convertida en Modista!

—¡Por qué no! ¿Qué tendría eso de particular? ¿No es acaso un modo muy honesto de ganarse la vida? ¡Vaverás, ya verás! Si eso sucede, ya puedes contar con que *te emplearé en mi casa*: ¡tú llevarás los libros de mi negociación!

Estas palabras las dijo la joven con la más cómica gravedad y riendo, al concluir, como una niña.

—¡Pobre Leonor! ¡Procuras hacerte fuerte para darme fortaleza á mí y consolarme. ¡Que Dios premie y recompense tu amor filial! Sé bien que no tienes en qué fundar el valor que me demuestras, y no obstante, ángel querido que Dios me ha dado, tus palabras y tu sonrisa ejercen sobre mí tal influjo, que podría decirse que dispones de mi humor á tu voluntad, aligerando y aun desvaneciendo mis penas. Con el corazón oprimido y la cabeza haciéndose me pedazos he llegado aquí, y tu dulce charla casi me ha consolado.

—Puedes creer que me alegro mucho de tal maravilla. Pero vamos á ver; cuéntame lo que te oprimió el corazón y te causó dolor de cabeza.

—¡Hija mía! vengo del Colegio del Sr. Roncevaux, á donde fuí á manifestar que estaba dispuesto á seguir dando mis lecciones de inglés. Pero como mi enfermedad fué tan larga, el Director de ese plantel no pudo esperarme, y para evitarse las justas reclamaciones de los padres ó tutores de mis discípulos, se vió precisado á dar mi plaza á otro profesor. Hemos perdido, por lo tanto, nuestro principal recurso.

—¿Y eso qué importa? Aun te queda la lección de alemán de la Señorita Paulina. . .

—La Señorita Paulina Morton se marchó hace quince días para Strasburgo y ya no volverá. Ya lo ves, hija mía: todo se nos vuelve contrario, y sobran motivos para mi desesperación.

—¡Vaya un empeño de verlo todo por el lado peor! En primer lugar, no sólo esas personas eran las que podían necesitar lecciones de inglés y de alemán; en segundo, no es una broma lo que te he dicho acerca de la posibilidad de que yo abra un taller de Modas. La Sra. de Royan, esa simpática señora que habita el palacio de la plaza central, me mandó llamar esta mañana poco después de haber salido tú. La amable y buena señora me recibió con la mayor afabilidad, me habló de ti, de tu enfermedad, de tu restablecimiento, y me prodigó toda especie de consuelos.

(Continuará.)